

Como Orar.

Lucas 18:1-14.

INTRODUCCIÓN.

Es importante aprender a hacer bien las cosas, pero nada hay tan importante y necesario como aprender a orar bien.

Los apóstoles, hondamente impresionados por la manera tan magistral como Jesús oraba, se le acercan un día y le dicen: "Señor, enséñanos a orar". Desde muy niños habían estado orando, recitando oraciones aprendidas en la casa y en la sinagoga, y ahora se dan cuenta que no saben orar. Por eso acuden al Maestro, a fin de aprender el divino arte de la oración, y Jesús, complaciente y sabio, inmediatamente principia a darles las más sabias instrucciones que se han dado sobre la oración, instrucciones que fueron repetidas y ejemplificadas en diversas ocasiones.

En la lección de hoy, Jesús enseña, por medio de muy significativas parábolas, dos requisitos esenciales de la oración eficaz:

la perseverancia y la humildad. En ambas parábolas la verdad se inculca mediante vivos contrastes: en la primera, el juez y Dios; en la segunda, el fariseo y el publicano.

I La Perseverancia en la Oración. (1-8)

El fin u objeto de la parábola lo explica el mismo evangelista al decir: "Y les propuso también una parábola sobre que es necesario orar siempre, y no desalentarse." En realidad, el objeto de la parábola comprende dos elementos que deben ser inseparables. Uno es la perseverancia: "orar siempre." El otro, la confianza! y no desalentarse.

Se trata de una perseverancia confiada o una confianza perseverante. La perseverancia ha de ser sostenida por la confianza en un

1. La parábola. (1-5.) Tiene dos personajes. El primero es un juez injusto, la peor clase de juez que uno puede imaginarse, pues él mismo dice que no teme a Dios ni respeta al hombre; es un cínico y un blasfemo. El segundo, una viuda que, habiendo quedado sola e indefensa en el mundo, se ve atropellada por un hombre egoísta que se empeña en arrebatarle lo poco o mucho que le había dejado su esposo. Esa viuda representa la debilidad humana perseguida por la fuerza bruta y desoída por la justicia legal.

Pero a pesar de su debilidad física, cuenta ella con una fuerza irresistible que ha de abrirle las puertas cerradas y conseguirle la justicia que pide: es su persistencia en reclamar su derecho, su constancia en hacerse oír del juez indiferente, su importunidad en presentarle su caso, aparentemente perdido, ante un funcionario de corazón tan endurecido y de conducta tan impía.

Y, por fin, su impertinente perseverancia obtuvo lo que no pudo obtener, por sí sola, la justicia de su causa. El juez por librarse de sus frecuentes majaderías, exclamó declarándose vencido: "Aunque no temo a Dios, ni tengo respeto a los hombres, todavía, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, porque al fin no venga y memuele.

2. La aplicación de la parábola. (6-8).

Si el más injusto de los jueces en la tierra, por mero egoísmo, hizo justicia a una mujer que él desprecia y quizás odiaría, cuán confiados hemos de estar nosotros en que el Juz Justo ha de concedernos, movidos por su inefable amor, sus abundantes bendiciones, si sus escogidos somos perseverantes en las peticiones que a El hacemos.

Hay ciertas bendiciones espirituales que como los frutos, necesitan tiempo para estar en sazón. Hay que clamar de día y de noche, sabiendo que nuestro Padre Celestial sólo espera que tengamos la suficiente preparación para otorgarnos las mercedes que entonces podemos apreciar y disfrutar sin peligro para nosotros y con gran provecho para los demás.

La fe a que se refiere el versículo ocho, es la fe que persevera en la oración, en medio de los desalientos y a pesar de incomprensibles tardanzas; es la fe que no se abate en la lucha ni se debilita en la calamidad; es la fe que anticipa las bendiciones del lejano futuro y se agarra del Señor, como el naufrago a la tabla salvadora.

II. La Humildad en la Oración Lucas 18:9-14.

Entre los requisitos esenciales de una buena oración están, entre otros, la perseverancia, la sumisión a la voluntad y la humildad.

Por medio de una maravillosa parábola, Jesús contrasta la oración del orgullo con la oración de la humildad.

El fariseo no dialogaba; se engolfaba en un monólogo. No hablaba con Dios; hablaba a sí mismo. La oración es un diálogo, porque es una conversación.

Estaba haciendo su propio panegírico, jactándose delante de Dios de lo que él hacía y lo que él era. De paso, menospreciaba a sus semejantes. El no oraba, en verdad; se adoraba a sí mismo e insultaba a los demás hombres. Su oración era una verdadera blasfemia.

Ahora fijémonos en el publicano.

Hay humildad en su actitud: "estando lejos no quería ni aún alzar los ojos al cielo, sino que hería su pecho, diciendo: "Dios, ten misericordia de mí pecador."

Es un pecador que reconoce su maldad, no presentando excusas ni acusando a otros. Se confiesa directamente con Dios, no con los

fariseos, ni tampoco con los sacerdotes.

"Dios, ten misericordia mí, pecador." Es una oración muy corta, pero henchida de gran significación espiritual. Representa el interno grito de un alma adolorida- que busca su único refugio en Dios, de quien lo espera todo, no como un derecho a méritos que él muy bien sabe no tiene, sino como un favor a un hijo desgraciado que le teme y ama.

La oración humilde no queda sin respuesta favorable, pero la oración orgullosa es infructuosa y fatal. Lucas 18: 14

CONCLUSIÓN.

El secreto del poder de la oración consiste en la completa entrega de nuestros corazones a Jesús. Cuando sus palabras constituyen nuestra vida espiritual, o sean la fuente de nuestra conducta y de nuestro carácter, habrá tal armonía entre la voluntad de nuestra y la del Padre, que todo lo que pidamos será concedido. Juan 15:17